

CONFESIONES POÉTICAS

Jorge Arbeleche

Me resulta difícil y a la vez apasionante referirme a mi relación personal con la Poesía. Incluso, aunque pueda parecer exagerado, diría que abordar este tema me obliga a desdoblarme y exhibir, con pudor, algunas zonas de mi intimidad más profunda. Porque siento que la raíz de mi identidad se halla precisamente dentro del ámbito de lo poético, tanto en su escritura como en su lectura; es allí donde me siento más claramente definido. No se tome esto como acto de soberbia, sino que es como el adjunto que pondría al lado de mi documentación identificatoria, ya sea pasaporte o cédula. Allí donde preguntan profesión de cada uno, jamás estampé la palabra escritor y menos aún la de poeta. Sin embargo, hace muchos años, cuando trabajaba como adscrito a la dirección del liceo Joaquín Suárez, en la ficha de los alumnos que debían llenar los padres, una madre, escritora conocida por mí, estampó en el casillero correspondiente a profesión, la palabra "poeta". Naturalmente, no estaba faltando a la verdad ni cometía ninguna acción deshonesto, pero a mí me sonó mal, me pareció provenir de una actitud altanera, ya que la persona lo era y en exceso. Pero además, nunca pude considerar a la Poesía como un trabajo o una profesión. Es otra cosa, tal vez el camino, o el vehículo para bordear otras zonas de la realidad que está más allá de la que nos rodea día a día. Gracias a la Poesía me ha sido posible acceder y comprender zonas de lo sagrado y del misterio que se me hacen apenumbreadamente luminosas y solo me es posible transmitir las a través de la expresión poética. Ella es el ámbito de la libertad, la residencia de la verdad, el aleph donde concluyen todas las líneas de la mano de la vida.

Es en la escritura poética donde me siento más pleno, más nutrido por la vida tangible así como por el misterio del "después", ya que ambas vertientes configuran la estructura del "enigma", plataforma absoluta de la concepción poética.

Y junto a esto, debe sumársele todo el trabajo casi de orfebrería donde cada palabra tiene su tono y su dicción propias que deben armonizar con las de las otras y con el ritmo esencial de cada verso. Engarzar cada ritmo al ritmo total del poema es tarea ardua. La plenitud del poema logrado solo es comparable a la del amor felizmente consumado.

La poesía también actúa como una red. En mi caso personal nunca he podido escapar del entramado de sus redes ya que salvo la escritura de crítica o ensayo, jamás pude escribir un relato que contara una peripecia

propia o ficcional. Pero si soy prisionero de la poesía, soy un prisionero feliz que no desea otra libertad que la de su presidio.

Hoy estamos a 5 de julio, dentro de unos pocos meses cumpliré 70 años y en un lustro apenas, en 2018 se cumplirán cincuenta años de la publicación de mi primer libro, cuando yo era muy joven, con solo 24 años, fui privilegiado porque el libro fue bien recibido y no cayó en ominoso silencio. Cinco décadas casi junto a la poesía o dentro de ella, asusta y sorprende por la cifra. Lo que está hecho y escrito es lo que soy. Lo que no se dijo, allá quedó, agazapado detrás de las palabras, quizá por mi incapacidad de arrancarlas de su bosque de niebla. Deseo seguir militando bajo esta bandera, con mayor o menor fortuna. No sé si he sido el poeta que hubiera deseado ser. Creo que sí. Porque escribí lo que salió de la amalgama mágica de la sangre, el amor, el dolor, la fe y la secreta alegría de la vida.